

reloj maravilloso, dos grandes candelabros de oro, dos columnas de ébano, dos mesas cuadradas, también de ébano, incrustadas de marfil y nacar, con los cajones llenos de libros curiosos; dos platillos de oro, y otros muchos objetos de ménos valor. Después de otros 260 nobles á caballo, de las primeras familias del imperio, se adelantaron los hermanos del kubo y 164 entre reyes y príncipes tributarios, cada uno con una comitiva proporcionada, precediendo dos carrozas que excedían á las otras en riqueza. En una iba el kubo, en otra el príncipe, su hijo; detras multitud de carrozas, sillas, literas de marfil y de ébano con servidores y músicos. La litera del dairi cerraba la marcha, precedida por una guardia de 40 nobles, y llevada por otros 50, de extremada magnificencia, tanto por dentro como por fuera, con un imperial soberbio, en cuyos costados se veía un gallo de oro macizo.

La multitud fué tan grande que hubo varias personas estropeadas; otros se abrieron paso con las espadas, mientras que los ladrones se aprovechaban de cuanto podían coger. Tres días permaneció el kubo en la corte servido por los príncipes, así como sus tres mujeres, por los primeros ministros: regaló tres mil barras de plata, dos sables de finísimo temple y de un exquisito trabajo con la vaina de oro; 200 hermosos trajes, 300 piezas de raso, 12,000 libras de seda cruda, 10 caballos magníficos con gualdrapas de un valor inestimable, y cinco vasos grandes de plata llenos de almizcle, ámbar gris, y otros perfumes semejantes.

La revolucion acaecida en el Japon habia rejuvenecido aquel imperio, estableciéndose un gobierno mas capaz de hacer el bien, de sostener la tranquilidad, y de poner freno á una nacion demasiado inquieta. Acostumbrados los príncipes, bajo la antigua dominacion, á no oír mas que sus caprichos, obedecían con repugnancia al nuevo amo, y formaron una conjuracion, que proporcionó á Taiko la ocasion de enfrenarlos mas: levantó tropas, cayó sobre ellos aisladamente, y en diez años consiguió dominarlos y mandar como dueño absoluto. Á fin de tenerlos ocupados, llevó la guerra á la Corea, y pretextando que esta isla habia estado en otro tiempo sometida á los Japoneses, envió allí embajadores pidiendo le tributasen homenaje, los cuales fueron muertos. Pero habituados los de Corea á la paz, y siendo su rey el voluptuoso Li-Fen, no aguardaron á los ejércitos del Japon, sino que, abandonando las llanuras y las ciudades, reclamaron el socorro de los Chinos, que prevalecieron tanto por la astucia como por las armas. Los Japoneses fueron derrotados y rechazados; pero Taiko se alegró de aquel reves como de una victoria, pues habia alejado á los príncipes turbulentos, que en aquella expedicion gastaron el dinero y las fuerzas, y pudo de este modo someterles á las condiciones mas duras. Tal fué la que los obligó á enviar á la corte á sus mujeres é hijas

en calidad de rehenes, y á presentarse también ellos una vez cada año.

Con objeto de domar aquel pueblo turbulento y faccioso, promulgó Taiko leyes rigurosísimas, y cerró el imperio á los extranjeros, particularmente á los Portugueses, que habian crecido en número y poder; también proscribió el Cristianismo en sus Estados, pero murió antes de haber podido realizar sus proyectos, dejando el mando á su hijo Fide-Yori. Gegías, tutor de este, decidió apoderarse del trono, y habiendo atacado á su pupilo, le redujo á tal extremo, que se arrojó á las llamas con todos los que aun le eran fieles. Gegías puso en ejecución los planes de Taiko, rechazando á los negociantes europeos, y extirpando la religion cristiana.

Las extraordinarias ganancias aumentaron la ambicion de los Portugueses, y para satisfacerla, usaban de los medios mas reprobados: llenos de orgullo, despreciaban á los naturales, y el clero mismo no se portaba mejor. Los eclesiásticos, desdeñándose de andar á pié, se hacían conducir en magníficos palanquines, y con imprudente intolerancia insultaban las pagodas y derribaban los ídolos. Esta conducta les acarreó el odio de los Japoneses, que les suponían, en atención á sus riquezas y á hallarse emparetados con los recién convertidos, pensamientos de revolucion. Dió causa á su desconfianza Caron, que habiendo obtenido permiso para edificar una casa, construyó, antes de que los naturales lo advirtiesen, una fortaleza, en la que introdujo cañones, llevándolos dentro de barricas. Quizá solo pensase en proporcionar mayor seguridad al establecimiento; pero descubierto el secreto, fué citado ante el tribunal, que le sentenció á la pública vergüenza, vestido con el traje de los locos, después de arrancarle todos los cabellos. Desde entonces, cuando llegaba cualquier buque, quitábanle los Japoneses los cañones, la pólvora, las anclas, y vigilando con el mayor cuidado á la tripulacion, no permitían saltar á tierra mas de cuatro hombres cada vez.

Los Portugueses contaban en aquel tiempo con unos grandes enemigos en los Holandeses, que habiéndose establecido en Firando, y teniendo patentes para comerciar con toda libertad, no perdonaban medio alguno á fin de suplantarlos: con tal objeto, dirigieron una carta al kubo, que fué interceptada, y de la cual se colegía que los Portugueses trataban de apoderarse del país, puestos de acuerdo para ello con muchos de los principales habitantes. Los acusados, á pesar de que negaron el hecho, fueron enviados al suplicio. Las ideas exageradas y mal comprendidas de la supremacia del papa parecían confirmar aquel complot, como si los misioneros pretendiesen que el rey debía depender de un pontífice que residía á larga distancia, cuando habia otro en el país cerca de su persona. Avivaban los odios y la envidia los bonzos y la corte del dairi, en venganza del

desprecio con que los Cristianos miraban los ídolos, del menoscabo que amenazaba su crédito y sus rentas, y de la intolerancia de los predicadores que declaraban condenados por una eternidad á todos los que no creyesen como ellos.

1637. Gegías ordenó, pues, á los Portugueses, que evacuasen el país, cesando todo tráfico con ellos. Impidió á los Japoneses salir del reino, fuese para comerciar ó para cualquier otro asunto: prohibió los naipes, los dados, los desaffos, el lujo, los banquetes suntuosos, y además los vestidos y golosinas procedentes del extranjero. La ruina de los Portugueses aprovechó á los Holandeses, permitiéndoseles traficar libremente con el Japon, gracias á los servicios prestados y á sus promesas de llevar las mismas mercancías que sus rivales y expenderlas con mas ventajas.

Torrentes de sangre se vertieron para extirpar el Cristianismo profundamente arraigado ya en los naturales. Taiko habia publicado un edicto para impedir su propagacion, prohibiendo la entrada en el país de mas misioneros, y expulsando á todos los que se hallaban en él. A pesar de esto, desembarcaron algunos Franciscanos en la isla, y persuadidos de que debían obedecer primero á Dios que á los hombres, predicaron públicamente por las calles de Meaco, despreciando los edictos prohibitorios, y edificaron una iglesia, no obstante la oposicion de los Jesuitas. Semejante desprecio de sus mandatos irritó al emperador, y muchos Cristianos caminaron al suplicio y perecieron entre tormentos, que quizá no han tenido igual en ningun otro país.

La mucha sangre derramada sirvió para fecundar la buena simiente; los Jesuitas en 1590 lloraron á 20,570 mártires; pero en los dos años siguientes, ganaron doce mil prosélitos. El jóven Fide-Yori usó con ellos de tal tolerancia, que se corrió la voz de que así él como toda su corte habian sido bautizados; lo cual pudo ser muy bien voz esparcida por el tutor que le destronó, y que después de este hecho desplegó mayor ferocidad. La muerte habia arrebatado ya á todos los misioneros que habian conseguido sostener á los prosélitos en aquella terrible prueba; y sin embargo, estos arrostraban suplicios atroces con una constancia tal que, admirados muchos indígenas, anhelaban conocer una doctrina capaz de inspirar tanto heroísmo, y cuando la conocían, la adoptaban. Duró aquella persecucion, que no tiene rival, cuarenta años: en ella se renovaron los prodigios y las crueldades ejercidas contra la primitiva Iglesia; pues se trataba de un pueblo cuya firmeza de carácter se manifestaba igualmente en la ferocidad con que aplicaban los tormentos, y en la constancia con que los sufrían. Las mujeres y los niños rivalizaban en intrepidez, y millares de personas, hasta pueblos enteros, fueron exterminados á veces sin que un solo individuo vacilase en la

fe por temor á la muerte, ó seducido por las promesas, por sus afectos ó por el atractivo de las grandezas.

Al paso que ántes los papas, temiendo que la concurrencia perjudicase á los progresos de las misiones, habian prohibido que ningun sacerdote, á excepcion de los Jesuitas, emprendiese tal tarea; entónces muchos frailes de distintas órdenes acudieron á porfia á la isla, mostrando un valor igual al que manifestaban los simples prosélitos, víctimas de los suplicios mas atroces. La noticia de tan cruel persecucion se difundió por toda la India, y llegó á Europa, donde los pontífices no podían auxiliar mas que con plegarias y bendiciones á los que eran objeto de ella. No viendo otro recurso, 40,000 creyentes se retiraron al castillo de Simabara en la isla de Kimo, resueltos á vender caras sus vidas; pero después de defenderse hasta lo último, fueron todos degollados, y el Cristianismo cesó de existir en aquella isla.

El dairi estableció un tribunal inquisitorial con objeto de conocer la religion ó secta á que pertenecían cada familia y cada individuo, y entónces se introdujo quizá la costumbre que tienen, segun se cuenta, de pisotear las imágenes de Cristo y de María. Los niños son conducidos por sus padres, que les mandan tocarlas con los piés; en seguida los inquisidores repiten el mismo acto; y todo el que resiste es condenado á muerte, siendo sugeto de clase elevada, y á prision, si es ignorante, donde permanece hasta que abjura de su creencia.

De este modo se vieron los Portugueses lanzados del Japon, después de haber hecho allí un comercio lucrativo durante cien años. En 1640, el gobierno de Macao trató de aplacar al kubo enviándole dos embajadores con un acompañamiento de setenta y tres personas; pero apenas desembarcaron, aunque en el buque no se halló ninguna clase de mercancía, fueron cogidos y decapitados, perdonando solo á algunos sirvientes para que contasen lo que habian visto, y asegurasen que la misma suerte cabria al rey de Portugal, y hasta al Dios de los Cristianos, si llegaban á pisar las playas japonesas. Un misionero, llamado Sidoti, se atrevió en 1709, sabiendo los peligros á que se exponía, á entrar en el Japon de incógnito; mas á los siete años se supo en Canton que, habiendo sido descubierto y llevado á presencia del emperador, quiso este informarse de sus intenciones; y como el misionero ignoraba el idioma del país, ordenó que lo tuviesen encerrado hasta que lo aprendiese; pero ya fuese de enfermedad, ó á consecuencia de los malos tratamientos, Sidoti murió en la prision.

Se prohibió todo comercio á los extranjeros, permitiéndose únicamente dos factorías, una china y otra holandesa, establecidas en Dezima, en una isla artificial en el Golfo de Nangasaky. Un puente, guardado con toda vigilancia, separa del país á los negociantes, y el número de los Europeos que habitan allí está reducido á

once, y son servidos por Japoneses. Las casas son de alquiler, pero pueden amueblarlas á su gusto, y el gobierno les designa los operarios de que han de valerse, y los comerciantes con quienes deben tratar: frecuentemente el mismo gobierno compra todo el cargamento, y siempre lo valúa. Cuando las mercancías han sido vendidas, adquiere las que los extranjeros desean llevar de retorno, y no permite que estos toquen siquiera el dinero. Nadie puede salir de Dezima sin autorizacion superior, y un grande acompañamiento de vigilantes, y el populacho va detras, prurriendo en el grito injurioso de ¡Orando, Orando! El Europeo que desea disfrutar tan triste satisfaccion, tiene que dar un banquete á toda la comitiva. Durante la noche, las puertas de Dezima no se abren por ningun motivo.

« La avaricia, dice Kämpfer (1), ha podido tanto para con los Holandeses, que ántes que abandonar tan lucrativo comercio, se han sujetado á una prision casi perpétua, pues bien merece este nombre nuestra residencia en Dezima; resignándose á sufrir los malos tratamientos de una nacion extranjera y pagana, á privarse del culto divino en los domingos y días feriados, á abstenerse de rezar ni cantar salmos en público, á no persignarse ni pronunciar el nombre de Jesus en presencia de los naturales, y en general á evitar todas las señales exteriores de Cristianismo, sobrellevando con bajeza y paciencia las injurias de infieles orgullosos que tanto repugnan á hombres bien nacidos. *Quid non mortalia pectora cogis, auri sacra fames?* »

Un incidente que influyó mucho en la suerte de los Europeos, puede dar idea de la situacion de estos en el Japon. Enviado allí en clase de embajador del consejo de Batavia el Holandés Pedro Nuytz, se tituló por vanidad embajador del rey de Holanda, obteniendo así la preferencia respecto de los demas, pero descubierta la impostura, fué despedido sin contestacion. En vez de castigarle, los Holandeses le encargaron el gobierno de Formosa, adonde llevó su odio contra los Japoneses, desarmando dos grandes buques de esta nacion que llegaron á la isla, del mismo modo que se efectuaba en el Japon, tratando mal á su tripulacion, y no permitiéndole ni seguir su ruta, ni volverse á su país. Los negociantes japoneses, irritados con tal conducta, se sublevaron, y apoderándose de la persona del gobernador, le obligaron á restituir el armamento de los buques. Los Holandeses no se atrevieron á recurrir á la fuerza por temor de perder su lucrativo comercio, y se sometieron á dar rehenes, y ademas tanta seda como los dos buques hubieran podido cargar en la China; á pagar los gastos del viaje, y á desarmar sus mismas naves hasta que las de los Japoneses hubiesen partido. Cuando en el Japon se supo esta ocurrencia, se aumentó la descon-

(1) Lib. IV, cap. 6.

fianza hácia los comerciantes holandeses; no se les insultó, pero tampoco se oyeron sus reclamaciones, y durante cinco años se les tuvo en un verdadero cautiverio, hasta que la compañía decidió entregar á Nuytz para que, castigado el culpado, perdonasen á los inocentes. Por este medio se alzó el secuestro, y empezó otra vez el comercio, habiendo devuelto los Japoneses al mismo Nuytz, sin mas daño que el miedo recibido. Este suceso demostró á los Holandeses la necesidad en que estaban de no inferir la menor ofensa capaz de provocar una reaccion desgraciada, y de tener siempre adicto á sus intereses á un ministro japonés á costa de regalos, sujetándose por otra parte á toda clase de humillaciones.

La compañía está obligada á mandar cada año una embajada al kubo, á Yeddo, y tenemos la descripcion de la correspondiente á 1776, á cuya cabeza iba el señor Fheit, seguido de 200 personas. Iba con ellos un banios, que viajaba en un gran palanquin precedido de una pica en señal de su autoridad, y llevando tras sí un numeroso séquito, y en él un intérprete, encargado de atender á las necesidades del viaje, costeado por la compañía. Los Europeos viajaban con la comodidad posible, y los Japoneses á pié ó á caballo, con sombreros cónicos atados debajo de la barba, un abanico, un quitasol, y algunos usaban anchas capas de papel untado de aceite. Una multitud de curiosos acudia á ver esta gran comitiva, la cual observaba lo poco que le era permitido. De distancia en distancia hallaron baños sulfúreos calientes, cuyo uso es frecuente entre los naturales; fábricas de aquellas admirables porcelanas que tanto han degenerado, y aldeas de considerable extension que solo se diferencian de las ciudades por estar formadas de una sola calle. En la frontera de cada provincia, encontraban un comisionado que les ofrecia cuanto necesitaban, y los acompañaba hasta que entraban en otra. Atravesaron caminos anchos y bien contruidos, con zanjas para la corriente de las aguas, hileras de árboles, y mojones que marcaban las leguas. Las casas, compuestas de un piso bajo para habitar, y de otro alto para granero, son de bambú y mezcla, y los aposentos están divididos por papel trasparente. En las de recreo no permitieron que entrasen los Holandeses. Los palanquines son conducidos por hombres que, levantándolos cuanto pueden, corren con la mayor velocidad.

Al llegar á Yeddo, enviaron los embajadores sus regalos al emperador y á los ministros, presentándose despues vestidos pomposamente con espadas y anchas capas de seda, y prosternándose hasta tocar el suelo con la frente; pero la entrevista fué muy corta, consistiendo en breves palabras y escasas respuestas, iguales siempre.

La exclusion de los extranjeros subsiste hoy con tanto rigor como al principio; tanto que habiéndose apoderado los Ingleses de Java en 1811, trataron de suplantar á los Holandeses en

su factoría privilegiada, y no pudieron lograrlo. Un barco de Batavia llega todos los años á Nangasaki; pero inmediatamente se apoderan de él y lo desarman. El gobierno vende todas las mercancías, y entrega su valor á los Holandeses, ordenándoles lo que deben llevar al siguiente año. Dicese que en lo interior, el comercio goza de una libertad completa, sin hallarse cargado de impuestos; que los caminos son buenos, y que los puertos están poblados de buques (1).

CAPÍTULO XX

China. — Dinastía XXI. — Los Mings. — 1468 1644.

Dejamos á la China bajo la dominacion de los Mogoles (lib. XII, cap. 14); pero Chu-yuan-chang, abandonando el arado y cansado de los humildes oficios que le imponian los bonzos, se coligó con los que detestaban la dominacion extranjera. Su mérito le condujo á los mas altos puestos, hasta que logró sentarse en el trono, con el nombre de Ung-wu, y el título de Ming-tsai-tsu, ó sea bisabuelo de Ming. La fortuna consolidó la dinastía de los Mings; y las alabanzas de los historiadores chinos ensalzan á este príncipe, no solamente por haber librado á su patria del yugo extranjero, y obtenido, mediante su valor personal, el alto grado que otros daban á la casualidad del nacimiento, sino tambien por haber sido, segun dicen, un modelo de virtudes, así públicas como privadas.

No bien se apoderó de su ciudad nativa, cuando fué en derechura al sepulcro de sus padres, y prosternándose hasta tocar el suelo, dijo á sus oficiales: « En la pobreza en que nací, nunca ambicioné mas fortuna que la que disfruté mi padre. Al entrar en la milicia, no miraba mas que á cumplir con mi deber. ¿Cómo habia de imaginar que llegaria un día en que diese la paz al imperio? Al cabo de diez años, vuelvo lleno de gloria á mi patria, cerca de la tumba de mis antepasados, y encuentro á los ancianos que dejé. Cuando entré en el servicio como simple soldado, ví á los mas valientes y estimados oficiales dejar que sus dependientes arrebatasen á las mujeres, á los niños y la hacienda del pueblo. Indignado por tales latrocinios, y compadeciendo á los desgraciados, en cuanto pude levanté la voz contra los que toleraban semejantes excesos; pero no siendo oído, tomé el partido de separarme de

(1) En 1852 mandó Nicolas de Rusia al vicemirante Putjatin para trabar relaciones mercantiles: desde entónces acá las armas y los tratados del Norte America han puesto mas abierto aquel país.

En 1834 penetró allí una mision americana, y el 31 de marzo hizo el tratado de Kanagawa. En 1838 hizo otro la Francia, estableciendo una mision en la Corea, fueron entónces allá los Prusianos y los Suizos, y en 1862 vémos una embajada japonesa en París. Véase Thassiron, *Notes sur le Japon, la Chine et l'Inde*. Paris, 1861.

(Nota de 1862.)

ellos. Me circunscribí á los oficiales que dependian de mí, recomendándoles no consintiesen tales desafueros, para que el pueblo conociera que habíamos tomado las armas á fin de dulcificar sus males, y asegurarle una paz sólida. El Cielo aprobó mi conducta, pues que desde la posicion mas humilde me ha elevado á la dejefe vuestro. » Por último, sometió tambien á Pekin, adonde trasladó su corte. No tardaron en acudir allí los embajadores de cuarenta reinos extranjeros, llevando consigo objetos raros, entre otros un leon, el primero que se vió en la China. Llegaron tambien embajadores del Japon, de Corea, de Formosa, de Filipinas y de otras islas meridionales. Para borrar el recuerdo de la dominacion extranjera, restableció el ceremonial, tal como existia ántes de los Mogoles, y obligó á todos á vestirse á la china. Hizo escribir la vida de los personajes que se habian señalado desde los tiempos mas remotos, añadiendo sus retratos, y renovó la ceremonia de labrar la tierra y el sacrificio al espíritu de las moreras, para que prosperase el gusano de seda.

Cuando aun no era mas que el poderosísimo competidor de los Mogoles, habia fijado su residencia en Nanking, que adornó con palacios y templos. Despues de haber ofrecido el sacrificio al solsticio de verano, condujo á su hijo á campo raso y le dijo: « Mira estos contornos; observa con qué ardor trabajan los labradores esparcidos por todas partes: confian en este momento á la tierra la simiente destinada á producir frutos en otra estacion. Para nosotros trabaja esta pobre gente; para alimentarnos se fatigan y sudan. ¡Felices si despues de debilitados por la faena, les queda alguna comida miserable con qué reparar sus fuerzas! Nuestros abuelos pertenecian á esta clase; yo los he visto bañar la tierra con su sudor. Mi suerte seria igual á la suya, si hubiese tenido fuerzas para el trabajo; Dios lo ha querido de otro modo. No debemos olvidar, sin embargo, la humildad de que hemos salido para llegar al colmo de los honores. Si el Cielo te coloca en el puesto que yo ocupo actualmente, acuérdate siempre de estas palabras, que ellas te inspirarán sentimientos de compasion respecto de tus súbditos, dispondrán tu ánimo á aliviarlos, é impedirán que te abandones á un loco orgullo. »

Mientras que sus generales perseguian los restos de los Mogoles, Chu se ocupaba en consolidar su dominacion por medio de instituciones prudentes, dictando para la paz del país sabios decretos. Dispuso que el que poseyese soberanía, no extendiera la jurisdiccion fuera de su territorio, ni se mezclase en los negocios públicos; que los eunucos no obtuvieran cargos civiles ni militares; que no se admitiera entre los bonzos ningun hombre ni mujer ántes de cumplir cuarenta años; que los veintisiete meses señalados para llevar luto por los parientes difuntos quedasen reducidos á veintisiete